

UNIVERSIDAD DE GRANADA

## DISCURSO LEÍDO

LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO

— DE 1919 A 1920 —

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO LEÍDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO

————— DE 1919 A 1920 —————

**VIDA UNIVERSITARIA**

N. 31029

UNIVERSIDAD DE GRANADA

# DISCURSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
GRANADA	
N.º Documento	244151
N.º Copia	244165

LEÍDO EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1919 A 1920

POR EL DOCTOR

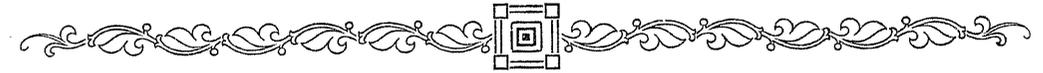
D. JUAN LUIS DIEZ TORTOSA

CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE FARMACIA



GRANADA  
TIPOGRAFÍA GUEVARA  
1919



Excmo. Sr.:

Señores:

**U**N deber reglamentario, que cumplo gustosísimo, me trae a esta tribuna para dar lectura a un discurso en la solemne sesión inaugural de los estudios del año académico en la Universidad de Granada, constituyendo para mí el momento más emocional de la vida al dirigir la palabra a auditorio tan selecto, en donde figuran la mayor parte de mis queridos maestros, los que forjaron mi espíritu, los que nutriéndome con sus sabias explicaciones me inculcaron el amor hacia el trabajo, lo que me permitió al poco tiempo de salir de las aulas de esta querida Universidad fuese nombrado para ocupar una de sus cátedras.

Anonadado por lo difícil de realizar el encargo que se me hizo, de inmensa responsabilidad al tener que llevar dignamente la voz de la Universidad en tan solemne acto, sólo pienso que el cariño que siempre tuve a esta santa casa de la que ni un solo momento me he visto separado, primero de estudiante, luego de profesor auxiliar, y a continuación de catedrático numerario, me alentará para dar cima a mi cometido, en forma airosa, viendo realizados mis vivos deseos de que llegare el día de ostentar tan honrosa representación en esta clase de actos.

Una vez aceptado el encargo hube de pensar en la elección de tema que constituyera la base para mi disertación. Con suma frecuencia los profesores desarrollan con este motivo algún punto interesante de las disciplinas, de cuya enseñanza están encargados en la Universidad respectiva, asuntos que, aun elegidos por su importancia, sólo suelen interesar a un sector pequeño de los asistentes a estas solemnidades.

Mi primer propósito fué ocuparme de un asunto que, relacionado con la naturaleza de la materia que me incumbe explicar en esta Universidad, tuviera un sabor práctico de aplicación que contribuyera en último término al engrandecimiento del bien nacional, al que por tener todos la obligación de cooperar, había de ser para todos igualmente interesante. A este propósito inicié trabajos sobre el importante tema: *Nuevos cultivos que pudieran establecerse en España de plantas industriales y de plantas medicinales.*

Ante la extensión de dicho tema, si había de tener carácter general, y el deseo de presentar soluciones prácticas de verdadera aplicación que requiere un perfecto estudio de cuantos factores influyen en su desarrollo, mas el agobio de la fecha fija en que había de ser leído este discurso, hiciéronme renunciar por el momento a mis trabajos, sin perjuicio de continuarlos más tarde, una vez pasada la solemnidad académica que hoy nos reúne.

Razones de oportunidad que le prestan extraordinaria importancia me han decidido a presentaros algunas consideraciones sobre el transcendental tema «*Vida Universitaria*».

Poco nuevo podré aportar a lo escrito sobre estas cuestiones por ilustres profesores, en análogas solemnidades, pero precisamente la insistencia en tratar de estos asuntos que tanto interesan a la Universidad, es el más adecuado medio de que puedan ser atendidos con solicitud por todos, no dejando en olvido lo que puede conducirnos a una nueva era en la vida de la Universidad, sacándola de la decadencia en que hoy se encuentra y orientándola en el sentido de ejercer una decidida influencia en los problemas sociales.

Pero además de poco valioso, por la modestia de mis facultades,

ha de ser pobre de expresión por carecer de las brillantes condiciones de cuantos me precedieron en esta ilustre tribuna, y por todo ello necesito vuestra más cariñosa benevolencia para escuchar mi desaliñado discurso. Sólo os ofrezco en compensación que seré breve.

Ya que aporte poco y de valía escasa al ideal que todos deseamos ver realizarse en la vida universitaria, permitidme que os descubra el único mérito que a mi trabajo cabe señalar. Mis palabras son de profunda convicción, de absoluta sinceridad y de elevadísimas miras; son de amor a la Universidad y a los que en ella nos cobijamos, pero ese amor no debe ser adulación, y por ello sin caer en el espíritu negativo y pesimista, sensible defecto de nuestros tiempos, entiendo debemos descubrir las llagas para curarlas y no ocultarlas, para que el mal, en su guarida, pueda fácilmente llegar hasta la corrupción de la médula y con ello la irremediabilidad del mal, que para gloria universitaria queremos ver extirpado.

La pureza de mi intención queda establecida y sé que es la vuestra y nada os ha de sorprender porque hablo a convencidos, que no tendrían inconveniente en suscribir las hermosas palabras del sabio Carracido (al sincerarse de acusaciones injustificadas), que asoman en este momento a mi memoria.

«¿Necesitarán los celosos de mis palabras que antes confiese mi amor a la Universidad? Creo que este mismo acto lo patentiza, porque nunca se piensa con detención en lo que es indiferente. ¿Y cómo había de sentir de otro modo, si ella es mi madre espiritual, de cuyo seno no me he apartado desde mis primeros años? Apenas dejé de ser discípulo, subí al honrosísimo puesto de catedrático, y como las plantas no conocen otro mundo que el suelo y el clima en que se desarrollan, la continuidad de mi vida académica reconoce en los claustros universitarios el medio ambiente que moldeó y sigue moldeando mi espíritu. Sería un hijo desnaturalizado si intentara deprimir a la Universidad, y un suicida si tendiera a quebrantar el prestigio de mis compañeros, porque su honra es la mía. Limpio de todo propósito bastardo, sólo ambiciono reforzar nuestros lazos de solidaridad en la armónica unión de un organismo perfecto».

Parece que al llegar las *quintas* escolares al templo universitario debieran traer moldeado su espíritu, definida su vocación, dominada su voluntad, y en una palabra, su *alma adulta*, pero la realidad nos dice que no es así en la inmensa mayoría de los casos. Sea por insuficiencia educadora de los medios en que anteriormente vivió, sea porque en realidad los escolares llegan demasiado jóvenes al último de los centros educadores, es lo cierto que se hace preciso que alternando con las enseñanzas puramente científicas (únicas que hoy se dan en las Universidades), deba vigilarse las cualidades y aptitudes del alumno para su mejor orientación, para su debida especialización, obteniéndose de este modo el fruto máximo que pueda rendir a sí mismo, a la Sociedad y a la Patria. No bastará abrir el surtidor de las verdades científicas para que cada uno tome de ellas las que quiera, las suficientes para canjearlas por un título académico en muchos casos, y con tan débil bagaje lanzarse a la lucha en la que si caen los débiles también suelen caer injustamente los humildes. La Universidad debe enseñar, pero debe también modelar a los futuros profesionales. El Profesional ha de salir de los claustros universitarios no solamente *sabiendo ciencia*, debe también *saber ser* facultativo. Porque muchas veces saber mucha doctrina jurídica o médica no es ser buen abogado o médico, y de éstos realmente necesita la sociedad, y de éstos es el triunfo. Tened en cuenta, además, la esfera en que se ha de desenvolver la juventud que estudia, la mayoría al terminar sus carreras entra a formar parte activa de esa restringida aristocracia del saber, que es en las pequeñas ciudades y aldeas el Estado mayor que ha de guiar las conciencias y las energías de sus pobladores. La Universidad, modelando el espíritu de sus hijos en las bellas formas de la más noble ciudadanía, reali-

zará una alta misión patriótica. Y es precisamente en esa edad en la que los escolares vienen a nuestras cátedras universitarias, la más propicia para que tal influjo, tal perfeccionamiento, quede grabado indefinidamente, o por el contrario, tiempo precioso perdido tras del cual el espíritu endurecido se resiste a nobles modelados, y más bien cede al rudo cincel de utópicas teorías anarquizantes, hijas del fracaso y producidas por la vagancia y falta de educación cultural y ciudadana. A mi modesto juicio el remedio para conseguir este debido cultivo del alumno y esta perfección que siendo individual puede llegar a ser colectiva, la obtendríamos con la siguiente fórmula: «Atenta y eficaz influencia universitaria sobre el escolar y evitación de extrañas influencias que neutralicen y venzan a la primera».

En la práctica se obtendrían la influencia universitaria como resultado de las múltiples modificaciones que apunto en el transcurso de este trabajo, a las que se agregarían luego, a no dudarlo, otras resultantes de su éxito o de su fracaso en la prosecución del ideal que defendemos. Con las mismas armas lucharemos contra extrañas influencias, ya que el escolar acabaría por defender la vida universitaria como lo que realmente sería, su propia vida en su propio hogar.

\*  
\* \*

Es frecuente calificar estos actos de las sesiones inaugurales de los cursos, de arcaicos, de mascaradas universitarias, de cosas que deben desaparecer, y verdaderamente tal como están dispuestos no llenan una finalidad práctica para la vida de la Universidad. La lectura de un discurso, generalmente de índole científica, de la respectiva especialidad a que se dedica el profesor encargado de su redacción, y sólo en determinados casos de algo que pueda fundirnos en el espíritu colectivo de la institución en que vivimos, no cumple con el fin que debía guiarnos en estos actos; es más bien propio de academia o de sesión científica, con asistencia de cuantas personas le interesara la cuestión desarrollada.

Es preferible que subsista el solemne acto de la apertura con asistencia obligatoria de todos los profesores de la Universidad, y proceder en él a la lectura de una exposición de los trabajos realizados durante el anterior curso, mencionando los resultados obtenidos en las enseñanzas y señalando las necesidades y reformas que deben tenerse en cuenta para el mejoramiento de la labor cultural que ha de realizarse en el curso que se inaugura. De este modo, insensiblemente, habría de conseguirse una renovación perfeccionadora, lenta y gradual, en la que cada año abandonásemos en nuestro camino el bagaje inútil, para sustituirlo por el nuevo que nos diera alas con que seguir el rápido vuelo de las conquistas científicas. Trátemos de conseguir que la Ciencia y su enseñanza vayan al mismo paso, y hagamos la evolución lentamente, no deteniéndonos largos años con un sistema para luego pretender dar el salto con decretos reformatorios que, por no estar preparados a recibir, vemos marchar rápidamente al fracaso.

La exposición a que me refiero pudiera encomendarse en cada curso a un profesor y a un alumno, para que cada uno lo realice desde su respectivo punto de vista. Tanto el Profesorado como el elemento escolar deben rendir cuenta de la labor que realizan y a la vez presentar sus demandas de orden científico y de orden material, para llenar cumplidamente su misión dentro de la Universidad. De la colaboración de ambos elementos se obtendría un resultado práctico en los actos inaugurales y mayor complacencia de los asistentes a los mismos, desapareciendo la rigidez actual originada por la lectura de un trabajo doctrinal. En lugar de un bello discurso teórico, hagamos un conjunto de conclusiones prácticas.

Como final debía procederse al reparto verdad de los premios y diplomas conferidos a los estudiantes en el curso anterior en la Universidad, no al reparto nominal que se hace actualmente, y que consiste en la lectura interminable de la lista de premios conferidos en varios centros (1).

(1) En el Instituto general y Técnico debiera hacerse el reparto de sus premios y diplomas.

A la conclusión del acto podría haber unas palabras del Rector-Presidente, algo más que las correspondientes a la fórmula consagrada para la apertura del curso y que sirvieran de estímulo a profesores y alumnos (1). Como complemento del acto académico debiera celebrarse una fiesta de confraternidad universitaria.

\*  
\*\*

Hemos comenzado por ocuparnos de la sesión de apertura por ser el primer acto colectivo realizado durante el curso, señalando sus defectos y proponiendo la forma más adecuada para efectuarlo. Con dicho acto académico comienza la vida universitaria... Pero ocurre preguntar: ¿Existe verdaderamente vida universitaria en nuestro país? La progresiva disminución de asistentes a estos actos de apertura (2) puede tomarse como un dato revelador de lo adormecido que se encuentra entre nosotros el espíritu de vida corporativa.

La Universidad está integrada por profesores y alumnos, no existiendo entre ambos elementos más relación que la puramente pedagógica, teniendo ésta lugar en la cátedra y en el laboratorio, limitándose ambos a cumplir estrictamente sus deberes oficiales, los señalados por una legislación arcaica, rígida y oficinesca.

(1) Del Reglamento de las Universidades (9 de Septiembre de 1857).

ART. 83. El día 1.º de Octubre se celebrará públicamente, bajo la presidencia del Rector, la solemne apertura de los estudios con asistencia del Claustro general, invitándose también a concurrir a ella a las autoridades y corporaciones oficiales.

ART. 84. Leerá la oración inaugural un catedrático nombrado por el Rector, turnando en tal servicio las Facultades. Concluida la lectura se distribuirá ejemplares impresos de este documento entre los individuos del Claustro y demás personas invitadas al acto.

ART. 85. Concluida la lectura del discurso se distribuirá los premios y terminará el acto, diciendo el Presidente: «En nombre de S. M. la Reina (q. D. g.) declaro abierto en la Universidad de... el curso académico de tal a tal año».

(2) En un periódico local leímos, al dar cuenta de uno de estos actos, un comentario bien triste y del que copiamos uno de los párrafos: «Los amantes de nuestra gloriosa Universidad, los que todavía no ven con indiferencia el primer acto solemne de su vida académica en cada año escolar, y a él concurren, ostentando o con la esperanza de ostentar, los simbólicos atavíos del sacerdocio de la enseñanza, que con ser arcaicos y abigarrados aún sirven de preciado ornamento, llevado con fe y entusiasmo por los profesores de las naciones más cultas del mundo, pudieron ver con pena cuán escaso era el número de profesores y alumnos asistentes a la sesión inaugural de nuestro Centro de enseñanza, celebrada en el pasado domingo».

Decía nuestro sabio vicerrector el querido profesor D. José Pareja Garrido en su discurso inaugural del año académico de 1911 a 1912 en esta Universidad. «La compenetración de aspiraciones y de intereses entre el profesor y el discípulo es lo que echamos de menos en nuestros establecimientos de enseñanza; desearíamos que fueran paralelas sus trayectorias, que no se limitaran, el uno y el otro, a cumplir estrictamente—y ese es el ideal en nuestros días—sus deberes oficiales, sino que hubiera en todos algo de esa efusión religiosa que auna las voluntades y funde las almas en un solo deseo», y con estas palabras sintetizaba su pensamiento acerca del tema tan interesante sobre relación entre maestros y discípulos.

Para que exista compenetración entre profesores y alumnos, es preciso que previamente la haya entre los elementos que integran estos dos factores.

Es bien sensible tener que reconocer que, si alguna existe, es entre la clase escolar. Con frecuencia se unen para defender sus intereses y aunque en ciertas ocasiones sean equivocadas sus demandas, siempre palpitan en ellos el espíritu de solidaridad, y con un poco de buena voluntad que se pusiera para encauzar sus anhelos y deseos, se llegaría a la constitución de organismos adecuados para la defensa de los intereses colectivos.

El profesorado universitario ha organizado algunas asambleas para la discusión de asuntos de enseñanza, algunos núcleos de profesores han recabado la adhesión y ayuda de sus compañeros para la gestión de mejoras en beneficio de la clase y de otros asuntos, pero no llegó nunca a constituir un organismo fuerte y poderoso cual lo fuese el formado por todos los elementos universitarios. ¿Y cómo había de formarse si la desunión existente hace que no nos conozcamos ni los catedráticos de una misma Universidad?

Es verdaderamente vergonzoso el aislamiento en que nos encontramos los profesores, dándose el caso de no conocernos mutuamente; no en el sentido figurado, es decir, en lo que se refiere a nuestras aptitudes y facultades, sino hasta en el conocimiento personal, llegándose al extremo de ignorar el nombre de algún compa-

ñero de la Universidad en que prestamos nuestros servicios. Si conocemos el nombre del nuevo compañero por haberlo leído en algún periódico, en una lista electoral, etc., a veces pasan años sin conocerlos hasta que de un modo casual viene una presentación, que en ocasiones tiene lugar en un café o en un teatro.

Para evitar este sonrojo precisa que al ser nombrado un profesor la Universidad lo reciba dignamente, organizando un acto colectivo, con asistencia de todos los claustrales y con ello cumpliríamos lo dispuesto en el Reglamento de Universidades para la presentación de nuevos profesores, sin que sepamos haya sido suprimido por disposiciones más recientes (1).

También contribuye al desconocimiento entre sí del profesorado lo poco frecuente de otros actos colectivos, de reuniones reglamentarias del Claustro y la carencia de fiestas académicas y de otros actos análogos.

Este aislamiento o individualismo nuestro, también es señalado por Mr. Caullery (2) en las Universidades francesas, en contraposición del espíritu colectivo de las Universidades americanas.

«L' individualisme n' est pas moins excessif dans le corps enseignant. Dans les grandes villes surtout, les professeurs s' ignorent trop. Ils n' ont aucun centre où se retrouver et se connaître, en dehors des occupations professionnelles. Il n' y a rien qui rappelle, chez nous, les *Faculty-Clubs*, *Colonial-Club*, etc., qui font la corréalité de la vie universitaire américaine».

«En fin, dans la vie professionnelle même, l' individualisme sevit

(1) Del Reglamento de Universidades del Reino (22 Mayo 1859).

ART. 17. En el término de seis meses, contados desde que un catedrático numerario, tome posesión de su cargo, se celebrará su solemne recepción en el Claustro ordinario. Se convocará para este acto al mismo Claustro, y se invitará a los individuos del extraordinario y a las demás corporaciones científicas que haya en la población. El nuevo catedrático leerá un discurso, sobre un punto de la Facultad, y le contestará en la misma forma otro catedrático numerario designado por el Decano.

Estos discursos se imprimirán por cuenta de la Universidad, dándose cincuenta ejemplares a cada uno de los autores, y distribuyéndose el resto de la edición que podrá ser hasta de quinientos ejemplares, entre los individuos del Claustro y Corporaciones invitadas, Jefes del ramo, Universidades, Bibliotecas y demás establecimientos de Instrucción pública.

(2) Mr. Caullery. *Les Universités et la Vie Scientifique aux États Unis*, 1917.

»à outrance. La liberté, laissée avec raison au professeur dans la «conception et la marche de son enseignement, conduit à cet excès «que chacun suit sa voie, ignorant du voisin, La coordination des «enseignements s' est affaiblie de plus en plus. Chaque chaire vit sur «elle-même. La Faculté des Sciences de Paris, disait Darboux, quand «il en était doyen, est une féodalité. Les divers professeurs vivent «dans leurs laboratoires. un peu comme des barons du moyen âge «dans leurs châteaux, sans avoir cure les uns des autres, ni associer «suffisamment leurs efforts en vue d' un résultat commun».

\*  
\* \*

Se impone la modificación del ambiente universitario. La Universidad es hoy una prolongación de la vía pública en la que el estudiante conserva con su sombrero, su abrigo y su paraguas el hábito callejero hasta que franquea la puerta de la cátedra, en la que si bien deja este último, le siguen acompañando aquellas prendas que la inclemencia atmosférica reclaman muchas veces, pues no suelen ser modelo de confort y comodidad nuestras aulas.

Terminada la clase, cuyo momento se ansía, el escolar vuelve a la vía pública universitaria o sale de la Universidad tan pronto le es posible. La cátedra y la Universidad, toda ella, repelen hoy al alumno en lugar de atraerle. Esto exige una transformación. La Universidad debe ser por todos amada y para ello lo primero que se necesita es hacerla bella y amable. Dotarla de tales atractivos que en ella como en ninguna otra parte la vida nos sea grata. Que las cátedras sigan siendo templo, pero que el resto de la Universidad empiece a ser club. La solemnidad de la cátedra es compatible con la camaradería en otros departamentos del mismo edificio. Y la liberalidad de estos recintos con la disciplina y el mutuo respeto.

Contrastando con nuestros edificios universitarios y con nuestra vida escolar, limitada a la asistencia a cátedras y laboratorios, podemos presentar lo existente en los Estados Unidos cuyas Univer-

sidades, de amplísima concepción, se encuentran instaladas espléndidamente, llenando todas cuantas necesidades demandan la práctica de una enseñanza racional y técnica, orientadas además en el deseo de que la vida escolar se deslice en ellas con el mayor atractivo posible; que en vez de alejarles de la Universidad se sientan por ella cariñosamente atraídos.

Muchas de las Universidades americanas se hallan establecidas en plena campiña y aun aquellas instaladas en el interior de las grandes poblaciones, disponen de terreno para extenderse, facilitando la construcción de nuevos edificios que exigen el constante desarrollo de sus enseñanzas.

La Universidad de Harvard, la más importante de los Estados del Norte-América, al encontrarse limitada, en su no interrumpido constante crecimiento, por la villa, establece nuevos centros alejados del núcleo primitivo, que le permiten desenvolverse con una grandiosidad que sorprende. Así, posee en Boston su magnífica Escuela de Medicina, reconstruída en 1907, que se compone de cinco grandes pabellones. En Petersham, Harvard posee un bosque de 400 hectáreas, escuela práctica de silvicultura; en Vermont un campo para los alumnos de ingenieros de minas; en New-Hampshire una extensión de terreno de 300 hectáreas donde los ingenieros pueden practicar topografía y trazado de ferrocarriles, y en fin, una estación biológica en las islas Bermudas.

En Chicago existe la Universidad que exteriormente presenta aspecto de mayor grandiosidad y amplitud de las Universidades urbanas. Está situada a lo largo de una ancha avenida, ocupando en 1914, una extensión de 41 hectáreas y se compone de una cincuentena de edificios construídos según estilo gótico inglés, disponiendo la Universidad, a su alrededor, de terrenos que le permitirá extenderse en el porvenir.

La Universidad de California aunque no situada propiamente en la campiña, por estar en la villa de Berkeley (que rápidamente se desarrolla alrededor de la Universidad), se extiende en medio de jardines. Emplazada en un sitio delicioso, al pie de las alturas que ro-

dean la villa, junto a la bahía de San Francisco, en un vasto parque de eucaliptos, de palmeras y encinas; los primeros laboratorios fueron construídos de madera y hoy la forman numerosos edificios revestidos enteramente de mármol blanco. En uno de los extremos del parque se ha construído un teatro griego, donde se dan representaciones al aire libre. La ciudad universitaria se eleva poco a poco sin destruir la naturaleza.

A pesar de su extensión, el vasto campo de Berkeley no encierra más que una parte de la Universidad: el colegio clásico, el de los ingenieros y el de agricultura, así como los laboratorios científicos. En San Francisco, al otro lado de la bahía, están las Escuelas de Derecho y de Medicina.

He aquí la descripción que leemos en la obra de M. Caullery «Les Universités et la vie scientifique aux E'tats-Unis» de la Universidad de Cornell, en Ithaca, en el Estado de New-York, tomada de una reciente obra de Mr. P. Marchal.

«Son territoire—dit M. Marchal, s' étend sur un large plateau boisé, bordé d' escarpements qui dominant la ville et le joli lac de Cayuga, isolé par des gorges rocheuses, au fond desquelles des torrents étroitement encaissés se précipitent en cascades, il n' est accessible que par des ponts suspendus, jetés d' une paroi à l' autre et passant au-dessus des cimes gigantesques des tsugas centenaires.

Ce territoire, qui ne mesure pas moins de 1200 acres (environ 500 hectares), est une immense étendue du verdure, formée de bois et de prairies, dont la continuité n' est interrompue que par les avenues et les allés, permettant d' aborder les divers édifices universitaires. Là se dresse toute une cité, dont les constructions, isolées les unes des autres, émergent au milieu de luxuriantes frondaisons; c' est d' abord la longue série des édifices où sont installes somptueusement les services des huit collèges et de l' École des études supérieures qui composent l' université. De types architecturaux très divers, souvent à demi voilés sous un manteau de plantes grimpantes, ils déploient la perspective de leurs pignons et de leurs portiques le long des avenues ombreuses, ou se rangent en de gigantesques qua-

drilatères autour de tapis de verdure plantés d' arbres en quinconces. Plus loin, dans le ravissant décor d' un parc anglais, se groupent à flanc de coteau et sous les cimes des grands arbres, les luxueuses résidences appartenant aux différents clubs ou aux associations universitaires (Fraternités). En fin, l' extrémité nord-est du «campus» est occupée par les habitations du président et des professeurs de l' université: leur groupement constitue un hameau charmant, que se compose de cottages dispersés parmi les arbres et les plates-bandes fleuries. Dominant tout cet ensemble, se détache sur le ciel la haute silhouette du campanile, qui, trois fois par jour, en une douce et joyeuse mélodie, lance l' appel de son carillon».

Estas descripciones nos indican que aquellas Universidades son, por sí solas, verdaderas ciudades, bastando a poblarlas y animarlas sus numerosos estudiantes, y que las costumbres universitarias no son las nuestras.

Y no sólo es España donde nos encontramos en verdadero atraso en lo que se refiere a falta de instalaciones adecuadas, el mismo Mr. Caullery, en su obra citada, refiriéndose a Francia, dice: «Qué contraste con nuestras Facultades (al compararlas con las del Norte América), mezquinas, reconstruídas recientemente aún, en el centro de las poblaciones y que no se han atrevido, a pesar de que la idea ha sido formulada, a llevarlas a las afueras. La Sorbona, dice muy justamente Darboux, está dispuesta como un trasatlántico. Es decir que para la vida corriente y para las necesidades que exigen las provisiones más amplias y la libertad de transformación más grande, se encuentra en las condiciones más rigurosas de confinamiento. Así la Sorbona no estaba acabada y ya no podía albergar los nuevos servicios que reclamaban su espacio».

Hora es que en España vayamos «sacando la enseñanza de esos antiguos conventos en que hoy se aposenta, para dotarla de locales más adecuados en consonancia con el movimiento científico actual», como dice con toda sinceridad nuestro querido compañero D. Obdulio Fernández, en su discurso de apertura en la Universidad de Madrid. (1)

(1) O. Fernández. Discurso de apertura.—Curso de 1917 a 1918. Madrid.

Un convento y un cuartel sirvieron de base para el inadecuado edificio en donde hoy estamos reunidos y que ha de albergar cuatro Facultades (1) de esta gloriosa Universidad. En estos últimos años se ha mejorado notablemente la instalación de varias de sus cátedras, pero el buen deseo de nuestro querido Rector D. Federico Gutiérrez, de crear nuevos laboratorios y de habilitar locales que llenaran algunas de las necesidades indicadas para la vida universitaria, se ha visto imposibilitado de realizar por la limitación del edificio. Actualmente la Facultad de Farmacia trabaja su traslado a un próximo local en donde puedan instalarse debidamente sus laboratorios. Los trabajos iniciados por el Decano de la Facultad D. Bernabé Dorronsoro, el sabio y querido maestro, han tenido paternal acogida por nuestro representante universitario en el Senado el eximio Profesor Carracido, y con todo el entusiasmo que pone en sus gestiones *pro Granada*, el que ha sido llamado por alguien nuestro cónsul en la Corte, D. Natalio Rivas, quien por vaivenes de la política que no permiten estabilidad en los cargos públicos no tuvo tiempo de cumplir sus valiosos ofrecimientos.

Los estudiantes, en las Universidades americanas, se esmeran en atribuir a su período universitario una importancia perdurable; hacen de su vida estudiantil una cosa amable, sana, espiritual y al efecto la llenan de valores cordiales.

El estudiante norteamericano vive una vida universitaria intensa, con todo género de intensidad; los juegos atléticos, las diversiones higiénicas, las fiestas de camaradería, las asociaciones, los baños, las comidas: todo tienen allí un gusto y un carácter exclusivos. La vida de la Universidad, es por esto, una zona de tiempo tan útil, noble y deliciosamente entretenida, que aquellos hombres, después que se lanzan a los afanes de su profesión conservan siempre lazos que los atan a su Universidad, de la que son socios y protectores, y a cuyo progreso contribuyen con respetables cuotas.

La vida propiamente dicha, dentro de la Universidad, sobre todo

(1) Derecho, Ciencias, Farmacia y Filosofía. La de Medicina tiene local propio y aunque de construcción no antigua, tampoco reúne las condiciones más elementales.

en su aspecto social, es un elemento esencial, no solamente en la psicología del estudiante, sino también en el pensamiento de muchos de los educadores. El Colegio (esta es la organización que tienen en Norte América las Universidades) llena cumplidamente este alto fin, se atiende a la formación de carácter, concediéndole una importancia de primer orden, allí se enseña y se enseña a vivir, y en cambio, nuestro medio universitario (el de los latinos) es puramente intelectual, y así dice Mr. Caullery (1) refiriéndose a las Universidades francesas que a los americanos les parecía *inhumano*, según frase de M. Barret Wendell.

«El objeto del Colegio, decía M. Lowell, en 1909, al tomar posesión de la presidencia de Harvard, no es formar ermitaños encerrados cada uno en su celda intelectual, sino hombres adaptados a tomar parte en la comunidad y a vivir con sus compañeros de trabajo... El Colegio, añade, produce libertad en el pensamiento, amplitud de vistas, la formación del espíritu cívico». Esta orientación es la que queda sobre la mayoría de sus estudiantes, tanto como la alta formación intelectual.

La educación está basada sobre la vida en común y el desarrollo de la sociabilidad. En el antiguo colegio semi-esclesiástico se hacían en común la vida y los estudios. Tal era el espíritu del Colegio inglés (Oxford, Cambridge). La diversidad de estudios y el aumento considerable de estudiantes han hecho imposible esta unidad. No obstante, numerosas Universidades americanas, y en particular la de Harvard, se esfuerzan en conservarla; para ello ha construído, en estos últimos años, cuatro grandes pabellones donde se alojan los escolares, que disfrutan de grandes comodidades. En un confortable hall se suelen reunir en las horas libres de sus estudios y dedicarse, a la lectura de revistas unas veces, otras a la música, y en fin al recreo templado y respetuoso para la disciplina y libertad de los demás. Desde que los estudiantes hacen su ingreso se tiende a separarlos de esa vida solitaria e individual, propia de nuestra juventud estudiantil y conducidos a una psicología bien distinta, que les lleva

(1) Caullery ob. cit.

a una amena vida en común. En otras Universidades, en las que no existe esta organización, hay sin embargo numerosas agrupaciones o clubs de estudiantes que son al fin manifestaciones de vida colectiva.

Otro aspecto muy importante de la vida escolar que interesa a la vida social y a la formación del hombre y del carácter, es la práctica de los ejercicios físicos atléticos y de deportes para los que dispone toda Universidad norteamericana de los elementos necesarios. (1) Con ello, no sólo se estimula el desarrollo corporal y el vigor físico, influenciando de modo muy beneficioso a la raza, sino que se enciende el amor propio de los escolares, sedientos de triunfo, espíritu que, generalizado a otras ambiciones humanas, engendra la acometividad y el entusiasmo, por noble estímulo, que tan precisos son en las diarias luchas de la vida.

Los escolares en aquellas universidades, escriben comedias que luego representan ante las familias universitarias, redactan periódicos y fundan numerosas asociaciones que son culto a la acción colectiva.

La alternancia de los ejercicios de cátedra y laboratorio con la práctica del deportismo ha alcanzado gran predicamento en las Universidades alemanas, en las que la vida escolar colectiva tiene un sello característico. No hay estudiante que no pertenezca a una asociación. Sin miedo a exagerar, puede afirmarse que cada Universidad cultiva un género de deportes puramente regional; pero en esto no influye de modo exclusivo ni el elemento joven, ni el profesorado, influye decisivamente la localidad preocupada mucho más de sus centros de cultura y del bienestar de los que a ellos acudan, que las capitales españolas que ansían mantener la Universidad, como medio de contribuir a la existencia de unos cuantos desvalidos y de animación causada por el incesante movimiento de estudiantes que se prodigan más en calles y cafés que en los laboratorios y en los seminarios de trabajo investigador.

(1) Hace ya algunos años, al reorganizar nuestros Institutos de 2.<sup>a</sup> Enseñanza, se estableció en ellos, en el nuevo plan de estudios, una *asignatura* de Gimnasia, con matrícula, certificado de aptitud y... nada más.

Esta *vida universitaria* llena de amor y de salud no existe en España, ni generalmente en los pueblos latinos. Nuestro estudiante considera el aula, en el caso mejor, como un sitio útil, donde se adquieren elementos prácticos para la vida de competencia; fuera de los momentos de contacto profesional, catedráticos y estudiantes se separan con una especie de desvío; los estudiantes se separan unos de otros y cada cual busca su cuarto de estudiante, frío y adverso, o reclama otros lugares más peligrosos el margen de amenidad que necesita su juventud.

El brillante escritor de elevados pensamientos y sanas tendencias optimistas Sr. Salaverria, después de bosquejar en uno de sus escritos nuestra vida universitaria parangonándola con la de las Universidades Norteamericanas, termina con estas oportunas frases que transcribimos.

«Claro es que este modo de vida estudiantil no puede cambiarse mucho mientras no varíe la calidad de las Universidades. ¿Es tan difícil el cambio...? El tipo Carnegie no se dá en nuestro clima. Pero lo seguro es que no puede aplazarse la renovación de ese artefacto magistral: Escuela, Universidad. Es cosa terrible que tenga que luchar el español con armas tan deficientes; que necesite competir en el mundo con una preparación mermada; que haya de recurrir al ingenio, a la energía, a la invención, para colocarse en medianas condiciones de lucha. ¿Qué daría de sí el español si poseyera otros medios elementales casi sólo materiales?»

«En el concurso de tiro al blanco del Universo, junto a los magníficos señores que portan brillantes y exactos rifles, ahí se presenta el español, con su escopeta mal trabada. Y es preciso disparar, y hay que aceptar, sin embargo; ¡y a veces se acierta como con el rifle...! ¿Qué sería, pues, con un exacto rifle?»

Una vez formada la personalidad del elemento universitario, por compenetración entre profesores y alumnos, laborando intensamente en la obra de la cultura, puede aspirar la Universidad a ser un factor decisivo en la vida social.

Creemos firmemente que la labor del profesorado de la Universidad no debe limitarse a la enseñanza teórica y práctica de las disciplinas que a cada catedrático se le confiere y al trabajo de investigación a que aisladamente se dedican algunos profesores en sus ansias de colaborar en las conquistas de la Ciencia, sino que debe extenderse su acción a todas las esferas de la vida ciudadana interviniendo con sus enseñanzas.

La Universidad moderna no ha de limitarse a la educación de unos cuantos y a la investigación científica (misión mixta actual de nuestras Universidades), sino que abriendo sus puertas para la educación del pueblo, ha de franquear la barrera existente dentro de nuestra sociedad. Ha de establecer la «Extensión Universitaria», de carácter educativo y social, teniendo en cuenta que las Universidades además de centros de enseñanza, deben ser escuelas de espíritu público.

La extensión universitaria ejercida de una manera bien amplia, no reduciéndola a unas cuantas conferencias de vulgarización, con que tímidamente hemos comenzado su actuación, sino estableciendo cuantas enseñanzas se juzgue preciso, y dejando oír la voz de Profesorado en cuantos centros y entidades se considere pertinente, llenará su alta misión de purificar el ambiente de incultura del país, de defendernos de los ataques de la ignorancia, de llevar a los talleres, a las fábricas y al campo con su ciencia y sus procedimientos el bálsamo vivificador que ha de redimir al pueblo.

Los universitarios—es nuestra creencia—debemos ocuparnos de

las cuestiones sociales, estudiando serenamente cuantos problemas surgen en la vida de los pueblos, y poniendo a contribución nuestros conocimientos, poder enjuiciar acerca de aquéllos (1).

Las Universidades modernas, decía nuestro ilustre compañero Sr. Náchter, (2) «deben ser focos de vida intelectual y de calor moral, cuya influencia fecunda se haga sentir en todo el país, o se haga sentir, al menos, en toda la educación pública»; y nosotros ampliamos el concepto diciendo que la Universidad debe servir de guía a la Sociedad, a la que ha de ayudar con el fruto de sus estudios y con la valía de iniciativas que tiendan al beneficio y prosperidad del país.

Por todo esto es por lo que anhelamos se establezca la «vida universitaria», precisa para la realidad del organismo universitario (3), que éste no sea una ficción, y entonces podrá la Universidad, en su calidad de consejera, constituir un factor moral que ha de tenerse en cuenta por los gobernantes y directores de la nación.

Bien diferente a este ideal que señalamos, en la actualidad se tiene en completo olvido a la Universidad para todo aquello que no sea estrictamente su cometido de preparar a los alumnos para la obtención de títulos facultativos; o sea, oficina burocrática cuyo departamento más interesante es la Secretaría (como se ha dicho en cierta ocasión) y así se da el caso reciente, según cuenta el profesor O. Fernández, en su interesantísimo discurso de apertura ya aludido, de hacer uno de nuestros Gobiernos un proyecto de protección a las industrias, sin tratar tan importante cuestión bajo el punto de vista técnico, enviándolo así al Congreso para su discusión, no habiénd-

(1) La Universidad de California ha hecho de su extensión una obra considerable y que se esfuerza en extenderla lejos en numerosas poblaciones. Ha creado en su interior para la organización metódica de esta obra una sección especial bajo el nombre de *Departement of University-extension* que comprende cinco oficinas: una para la organización de cursos regulares en las diferentes poblaciones, otra para el trabajo por correspondencia en las diversas ciencias, una tercera para la organización de conferencias, una cuarta para organizar discusiones públicas y que actúa, sobre todo en la distribución de boletines, de bibliografías, de programas, etc., por último, en la quinta, llamada *Bureau of municipal references*, vulgariza todas las cuestiones de higiene y de organización urbana, en general, por medio de boletines o de informaciones.

(Caullery. Ob. cit., p. 150).

(2) Dr. Pascual Náchter Vilar. Discurso leído en la solemne apertura del curso de 1903 a 1904 en la Universidad de Granada.

(3) En su amplia concepción, no limitado su campo a las cinco Facultades universitarias.

dolo antes sometido al estudio ni consulta de los técnicos que en la Universidad dan alguna enseñanza experimental. También alude a la creación de la Junta de iniciativas, instituída con el fin de implantar las industrias productoras de substancias de las que por las anormales circunstancias que atravesaba Europa (guerra mundial) podríamos vernos privados, infligiendo graves perjuicios a otras fabricaciones nacionales que se nutren con materias procedentes de los países en guerra. Tampoco tuvo en esto representante técnico la Universidad, a pesar de haberlos de todos los Ministerios, exceptuando el de Instrucción Pública.

No pretendo, al hablar de la misión social del elemento universitario, que éste sea el encargado de la dirección de la Sociedad; no es que pretenda que los cargos públicos sean ejercidos por el Profesorado, su misión es de ayuda, de consejo y de fiscalización a los elementos directores. Véase, sin embargo, la estima que se tiene en otros países la actuación política de los profesores. Dice Caullery en su obra varias veces citada (1):

«Nadie, pues, es admitido a enseñar en una Universidad sin presentar garantías, cuidadosamente comprobadas. En lo que se refiere a la Universidad de París, la selección es más severa aún; se hace, puede decirse, dos veces. Los profesores llamados a la Universidad de París han comenzado por enseñar más o menos tiempo en una Universidad de los departamentos; ellos ya han dado sus pruebas como profesores y como sabios.

Así el cuerpo de profesores de la Universidad juega en la opinión de una alta consideración. Numerosos son los profesores que han formado o que forman aún parte en las asambleas políticas y aún en los Consejos de la gobernación. Todas las veces que el país atraviesa una crisis, política y moral, los Profesores de la Enseñanza superior juegan un papel que es en ocasiones de primer orden. Bien se ha visto esto en el curso de la guerra actual, en el que numerosos profesores de la Universidad se han hecho los directores y los guías

(1) Caullery. Ob. cit. p. 27.

del espíritu público, reconfortando a sus conciudadanos que una guerra prolongada amenazaba cansarlos, iluminando los neutros sobre la gravedad del debate que se desarrollaba en los campos de batalla; en una palabra, poniendo al servicio de la causa nacional la autoridad de la que ellos están investidos».

No se han limitado los universitarios a guiar el espíritu público conturbado por los accidentes de la lucha; varias cátedras han sido abandonadas porque a sus titulares se concedió la dirección de asuntos técnicos que les retenían en los laboratorios de las fábricas, colaborando en la tragedia en igual medida que otros investigadores notables que entregaban su sangre al frente de su compañía en los asaltos de las trincheras.

Ya que hoy no se atiende a la Universidad por nuestros Poderes políticos, impidiéndola que ocupe el lugar que le corresponde en la vida social, eduquemos a los jóvenes escolares para que en su día estén debidamente preparados, no ya sólo *en lo técnico*, que aunque indispensable la especialización, a nuestro juicio, la realidad nos enseña, con triste burla, que en política *todos sirven para todo*, sino *en lo moral*, para que adquiridos por la influencia universitaria los hábitos de honradez, trabajo y sinceridad que son los aromas de la Ciencia, persistan más allá de la vida universitaria en el cumplimiento sagrado de los deberes sociales y políticos. Y como nobles hijos universitarios no vuelvan la espalda a la Universidad querida, sino que por el contrario permanezcan con el corazón unido a ella y así como fué fuente en la que encontraron los conocimientos que le hicieron doctos, elevándoles sobre sus conciudadanos, a ella vuelvan cuando necesiten solución para los problemas técnico-sociales, como vuelve el hijo amante a entregar al corazón materno la decisión en los problemas pasionales.

No de otro modo piensa mi culto y querido compañero el Profesor O. Fernández, cuando dice (1): «Plenamente convencido estoy de que la reforma orientada hacia lo experimental, en mayor intimi-

(1) Obdulio Fernández. Dis. cit. p. 54.

dad de trabajo y de relaciones de profesores y discípulos, tendrá consecuencias favorables para la vida pública española. La juventud que respirase durante varios años atmósfera de trabajo serio, de disciplina y de moralidad, en comunicación no interrumpida con maestros a quienes sólo el hecho de estar dedicados a la investigación de la verdad hace altamente morales, sería capaz, cuando la llegase el turno y de su seno saliesen los gobernantes y directores de nuestra sociedad, de desmontar el tinglado de la farsa y de la ficción en el que actúa con la gente honrada y apta para la dirección del pueblo, lo más cínico y corrompido de la política española».

Hemos de preparar generaciones de futuros directores sociales; pero las puertas de la Universidad deben estar siempre cerradas para las divisiones políticas de los partidos. En el templo sagrado de la Verdad-Ciencia, donde todo debe ser grande y elevado, no ha de permitirse la entrada de las miserias políticas, porque a la Verdad y al Bien, únicos frutos a que deben aspirar los escolares para lograr el éxito, se llega sin necesidad de seguir una ruta política determinada. Más tarde, cultivado su corazón y su cerebro sin veneno político en la Universidad, conscientemente, se sentirán atraídos por los credos de los partidos y se habrán librado de ser arrastrados en su juventud por sugestivas propagandas, bajo las que se encubre algunas veces las más bajas pasiones de odio y de ambición.

A este propósito no puedo sustraerme al deseo de recordar un hermoso pensamiento del ilustre Carracido—el maestro insigne—expresado en un acto idéntico al que hoy celebramos, con palabras elocuentes, que transcribo:

«Quienes no juzgamos las ideas como mero juguete para entretejer los ocios del sibaritismo intelectual, sino como chispa que desde las cumbres de la inteligencia inflama los corazones, pugnando sin reposo por desvanecer cuantas sombras se opongan a su paso, tenemos el estrecho compromiso de ser muy cautos en el ejercicio de nuestro poder educador. Al bastardearlo, separándonos de la recta y desapasionada indagación de la verdad, a la cual nos debemos en absoluto, nuestra responsabilidad es inmensa, porque en vez de for-

mar inteligencias directoras que guien a la sociedad por los caminos del verdadero progreso, sembramos gérmenes de perturbación y discordia, legando ruinoso herencia de miseria e ignorancia con todo su cortejo de bajas pasiones».

\*  
\*  
\*

Todas las lamentaciones acerca del estado actual de nuestras Universidades, que, faltas de un espíritu corporativo que uniese en apretado haz a los elementos universitarios para llegar a constituir una fuerza que colaborase en la Sociedad, no son tenidas en cuenta como factor en la vida ciudadana, se han estrellado siempre en la deficiente e inadecuada organización oficial de nuestros más altos centros de enseñanza (1).

«La ley de 1845 restableció la disciplina académica; pero su término forzoso será la muerte de la Universidad como institución colectiva, legando para sustituirla catedráticos aislados, sin otro fin superior que el de la enseñanza de su asignatura, última expresión del individualismo egoísta». Así decía Carracido hace bastantes años en una conferencia en el Ateneo de Madrid, y nada más cierto. Nuestra proveya legislación no concediendo a la Universidad libertad e independencia en sus actos, la conducía a un triste fin.

En Asambleas, reuniones de profesores, y en cuantos actos podía escucharse la voz de los universitarios, se ha venido luchando por la concesión de alguna libertad o independencia del poder central, que tiene organizadas a nuestras Universidades según un patrón arcaico y oficinesco. Se aspiraba a gozar de alguna autonomía y aunar el esfuerzo de todos para poder desenvolver iniciativas que elevasen el nivel de las Universidades.

No eran las peticiones que se venían haciendo ninguna novedad, era sólo solicitar la restauración del antiguo régimen, la vuelta a antiguas organizaciones que fueron decayendo en el trascurso del tiem-

(1) Ley de Instrucción pública promulgada el año 1845.

po y que acabó de destruir la ley antes aludida. Estas demandas se hacían con modestia para evitar los peligros que pudieran presentarse al realizar bruscamente un cambio de régimen. Como demostración de nuestro aserto, copiaremos, una vez más, palabras del maestro: «Respecto a su organización (decía Carracido refiriéndose a las Universidades), nada considero mejor que el renacimiento del antiguo régimen, la vuelta a su autonomía, único medio de regenerar en el porvenir el organismo universitario y de vigorizarlo para alcanzar el esplendor perdido. El órgano que no funciona se atrofia; y si las Universidades, postradas por la anemia en que las había sumido el mefítico ambiente social, necesitaron el régimen titular de 1845, ya en período de convalecencia, aunque con mucho tino para evitar la recaída, deben iniciarse de nuevo en el ejercicio de sus miembros para volver a la vida activa en perfecta salud».

➤ Para indicar esta forma gradual en que debía concederse la autonomía, no ha mucho decía el distinguido escritor D. Angel Herrera: «El fundamento mismo de la autonomía exige caminar según un proceso evolutivo. La autonomía, sea del Municipio, sea de la Universidad, no es a la postre más que el reconocimiento a una persona moral de una ley de su vida. Es acomodar la legislación a la naturaleza. Pues no hay que olvidar que la naturaleza no procede por saltos. Si la autonomía no ha de ser una ficción, una moda, un arma política, es preciso que se vaya concediendo a medida que los organismos para quienes se dá estén capacitados para recibirla». Estas palabras expresan con toda justeza el procedimiento a seguir en la concesión de autonomía, de una manera lenta y paulatina. Análogo pensamiento ya fué expuesto por Carracido, cuando decía en su antigua conferencia en el Ateneo: «Cuando los claustros universitarios vayan adquiriendo atribuciones irán a la par recobrando vida, y los errores que puedan cometer, al sentir la responsabilidad de sus funestas consecuencias se convertirán en enseñanza para lo sucesivo y en propósitos de energía para afrontar los perjudiciales compromisos».

En tal estado, la Universidad ha sido sorprendida, gratamente,

con la concesión de una autonomía que supera a las mayores esperanzas. El ilustre nombre del ministro Sr. Silió va unido a esta transformación tan radical, tan valiente y tan bienhechora que merece el aplauso y agradecimiento de cuantos se interesan por el porvenir universitario. La base es tan amplia que en ella caben cuanto es preciso para la soñada renovación ¿lo conseguiremos? En nuestra mano está.

Alguien ha creído que un decreto arrancó a las Universidades su autonomía, y pudiera estimarse que la sola aparición del decreto, tan justamente elogiado, en el que un ministro reformador concede la descentralización a nuestras Universidades, va a permitir a éstas la vuelta inmediata a sus antiguas organizaciones, con aquella vida intensa que gozaron antes de caer en la atonía lamentada. Es indispensable que al utilizar las atribuciones concedidas por el Estado desarrollemos el espíritu universitario, que aparezca en todos los actos el sentido corporativo, que sea una realidad la vida universitaria. De otro modo será estéril la reforma radicalísima proyectada, poniéndose al manifiesto faltas de preparación para recibir tan amplias concesiones.

Este peligro ha sido anunciado en varias ocasiones; no hace mucho, antes de la aparición del Decreto, decía el brillante escritor Sr. Herrera: «Pero más que la autonomía en las leyes, debe preocuparnos la autonomía en el gremio universitario; mientras no exista espíritu de corporación en la Universidad, será inútil conceder la autonomía. Una Universidad como la nuestra (Valladolid), donde el Claustro ordinario es una ficción y el extraordinario un artificio y ni siquiera en apariencia existen asociaciones de estudiantes y no tienen la menor comunicación con sus antiguos alumnos, es una Universidad muerta. Hay que infundir espíritu de vida en la Universidad, hay que crear el *Corpus misticum*, aquel feliz ayuntamiento de doctores, maestros, licenciados, bachilleres y escolares, que llegó a tan alta perfección en vuestro estudio vallisoletano».

«Basta leer vuestros Estatutos para comprender el desposorio espiritual indisoluble, que se establece entre los miembros de la Uni-

versidad unos con otros, y todos con la Universidad misma. Elocuente expresión simbólica de este desposorio se encuentra en las ceremonias para recibirse de doctor; la toma del birrete, la imposición del anillo, el darle posesión del asiento, dar la posesión solemne de la cátedra, el ósculo de paz que el doctor padrino daba al doctor recipiendario y que el doctor recipiendario devolvía a todo el Claustro de doctores; la entrega del libro, la bendición paternal, el acompañar solemnemente todos los doctores al recipiendario a su domicilio; comidas y fiestas que éste celebraba en honor de toda la Universidad, y el regocijo de que participaba Valladolid entero cuando se graduaba un nuevo doctor, muestran la alta idea y estima que tenían aquellos ilustres varones de los grados universitarios».

Con efecto, hay que infundir espíritu de corporación en la Universidad si aspiramos a que deje de ser un centro burocrático despojado de toda iniciativa y separado de toda relación con las fuerzas vivas del país (cuando dependía exclusivamente del Estado) y en su lugar, con el esfuerzo de todos, unidos en el deseo de crear un organismo con vida intensa, conseguir la ansiada renovación.

Para constituir ese organismo que aludimos, necesitamos separarnos de la actual limitada concepción de nuestras Universidades, en las que hoy sólo tienen cabida sus cinco Facultades: Ciencias, Filosofía, Derecho, Medicina y Farmacia; pues si la Universidad la hubiese de constituir exclusivamente las enseñanzas especulativas, las que buscan el posesionarse de la verdad por la investigación científica sin descender a las aplicaciones técnicas para los fines de la vida, debería encerrar solamente las dos Facultades enunciadas en primer término, pero al cobijar Facultades como Medicina y Farmacia que cultivan aplicaciones de la Química y de la Historia Natural, deberían también formar parte de la Universidad, por analogía de estudios, las Escuelas especiales de ingenieros agrónomos, las de industriales, etc.

«Es preciso—según palabras de nuestro compañero Sr. Nácher—que entren a formar parte de la Universidad todas las Escuelas especiales de enseñanza superior, ya para que como parte integrante

de ella cooperen a la mayor importancia del todo, ya para que del todo reciban el desarrollo y la perfección que abandonadas a sí mismas no pueden alcanzar. Las escuelas especiales aisladas, multiplicadas y esparcidas al acaso, crecen como yerba parásita en derredor de las Universidades, de esas plantas que debieran permanecer vigorosas y a las cuales roban el alimento y consumen la vida sin ventaja propia y con perjuicio de la cultura y del presupuesto de la nación».

«Vengan a la Universidad las Escuelas de Ingenieros, todas las Superiores de Comercio y de Artes e Industrias, las de Arquitectura, las de Veterinaria y hasta el Conservatorio de Música. Y a la manera que las circunvoluciones cerebrales se repliegan sobre sí mismas para formar el órgano del pensamiento, únense todas en un haz, que llamado Facultades se encierren en la Universidad para constituir el gran órgano de la ciencia colectiva y nacional».

La mayor fuerza de las Universidades del Norte-América estriba en atraer a toda la juventud que estudia. Rápidamente crece el número de escuelas profesionales o técnicas independientes que se suman a la Universidad. En la evolución que se observa en dichas Universidades, cada día es mayor la importancia que adquieren el estudio de las ciencias aplicadas y en particular todo lo que se refiere a ingeniería y a la agricultura (1).

No es posible, verdaderamente, que viva la Universidad en la sociedad moderna, con la sola base de las ciencias especulativas. Utilicemos la amplitud que nos concede nuestra autonomía para instaurar en la Universidad todas esas enseñanzas que países más adelantados que nosotros ya han llevado a la Universidad.

También hemos de constituir todas aquellas asociaciones, centros y entidades que fundaron otras universidades extranjeras, fomentar deportes, juegos atléticos, establecer fiestas y diversiones

(1) Para muchos el ideal de las corrientes modernas es bien diferente. Así, al contrario de lo dicho, la Universidad en Europa vá soltando lo que puede a los Institutos politécnicos, en donde se estudia desde Veterinaria a Marina.

que constituyan atractivos para la vida escolar, bien diferente al ambiente *inhumano* de nuestros establecimientos (1).

De este modo dejará de ser ingrata la estancia en nuestra Universidad y los alumnos al terminar sus carreras, conservarán con sus recuerdos del trabajo, los de los dulces momentos de expansión. El recuerdo de la Universidad se traducirá en culto a su grandeza y los favorecidos por la fortuna aportarán de buen grado la ayuda material, en forma de esos patrióticos y espléndidos legados tan frecuentes en otros países y tan excepcionales en el nuestro (2).

En correspondencia al apoyo moral y material que el antiguo alumno pueda dispensar a la Universidad en que hizo sus estudios, precisa que ella no lo abandone en su vida social y que cuenten siempre, sus hijos espirituales, con su consejo y afecto. Las asociaciones post-escolares, las llamadas «Amigos de la Universidad» y otras, han de llenar la misión de conservar estos lazos de unión entre el *alma mater* y los *alumni*.

Actualmente nada hacen nuestras Universidades para establecer contacto con sus antiguos alumnos. Insensibles, se desinteresan de ellos y una vez concluidos los estudios, vuelven a ser unos desco-

(1) Mr. Caullery, en su obra varias veces citada, dice que en Francia durante la permanencia del estudiante en la Universidad nada se hace para organizar la vida del primero, ni para establecer algún vínculo de unión entre ambos. Y añade: «Por un completo olvido o desprecio de toda psicología se ha suprimido todas las ceremonias y las fiestas, que, en el curso de la escolaridad, pudieran despertar la idea de la colectividad académica. Más aún, el estudiante es ignorado por la Universidad»...

(2) Cuando Harvard construía su magnífica escuela de Medicina en Boston, faltaba una suma considerable para edificar uno de sus cinco edificios que la componen. Iba a exponer la situación al banquero Pierpont Morgan, después de haber escuchado y reflexionado, se limita a responder «*All right, tsirs*» y a prometer la suma; se trataba de más de un millón de dollars».

«En Abril de 1912, perecía, en el *Titanic*, al mismo tiempo que su padre, un joven graduado de Harvard, Harry Elkius Widener. Su madre, librada del naufragio, dona a la Universidad la colección de libros que su hijo, ardiente bibliófilo, había reunido. La Universidad proyectaba en esta época reconstruir su biblioteca, muy pequeña para los 6 ó 700.000 volúmenes que ella contenía y sobre todo absolutamente insuficiente para el porvenir. Mme. Widener se deja fácilmente persuadir de asociar la memoria de su hijo a esta reconstrucción. Ella se encarga de todo; su arquitecto ejecuta el monumento, sobre el terreno designado y según las indicaciones dadas por la Universidad. No es aún seguro—al menos oficialmente—el precio de que ha costado (se dice que de 2 a 3 millones de dollars. La primera piedra fué puesta en Junio de 1915. La biblioteca era inaugurada en Junio de 1915... Ninguna formalidad administrativa vino a poner trabas al donativo ni a retardar la construcción. (Caullery: *Les Universites et la vie scientifique aux Etats-Unis*, 1917, pág. 161.

nocidos como antes de entrar en la Universidad. No se manifiesta el cariño a ésta por los que recibieron sus enseñanzas y dispersados no tienen un recuerdo que lo patentice, siquiera fuese como lo hacen los antiguos alumnos del colegio de San Clemente (que para españoles hay establecido en Bolonia), reuniéndose en fraternal banquete.

El valor social de la Universidad, el que seguramente se adquirirá en España mediante la autonomía, por labor mancomunada de profesores y escolares, es de una transcendencia enorme. Veamos un ejemplo de lo que ya se observa en otras partes.

Precisamente en los días que escribía este modesto discurso, el comité de relaciones amistosas entre los estudiantes extranjeros, que funciona en la Yong Men's Chistian Association celebraba un importantísimo Congreso en East Northfield, Estado de Massachussetts, discutiéndose temas de mutuo interés para los estudiantes que de todos los países van a los Estados Unidos. Asistieron también a esta asamblea buen número de Profesores, y la sola enunciación de los puntos tratados evidencia la importancia y tendencia de la misma.

Primeramente se pusieron a debate las «lecciones que los países de la América española deben aprender de los Estados Unidos de Norte-América», y aquí los puntos recomendables:

Economía.	Ausencia de distinción de clases.
Democracia práctica.	Honradez en las elecciones políticas.
Tolerancia religiosa.	Filantropía cooperativa.
Propaganda práctica de la Iglesia.	Libertad y progreso de la mujer.
Espíritu de trabajo.	Consideración a los estudiantes que
Conciencia nacional.	tienen que trabajar como obreros
Optimismo.	para conseguir una carrera.

Acto seguido, y después de larga discusión, se convino en que los Estados Unidos, por su parte, tienen que aprender de los países hispanos:

Solidaridad de la familia.	Vida espiritual.
Devoción de la mujer por el hogar.	Libertad de la prensa.
Cortesía y caballerosidad.	Hospitalidad a los extranjeros.
Apreciación de la belleza y del arte.	Disfrute de la vida.

Voy a terminar; ofrecí ser breve y he de cumplirlo.

Al desaparecer en nuestras Universidades el régimen centralista que organizaba a todas ellas según un único patrón, y al ser sustituido por una amplia autonomía que permite modelarse cada Universidad según el tipo más adecuado al desenvolvimiento de las aptitudes de su profesorado y a las orientaciones más convenientes que se deseen seguir en la enseñanza de los estudios profesionales, podrá tenerse en cuenta en cada Universidad todas aquellas modalidades que el carácter de la región en que se encuentre establecida puedan influir en su vida y organización.

En efecto, tendamos a la Universidad autonómica y regional. Llevemos a ella iniciativas que correspondan a las condiciones naturales de la región, para utilizar los recursos que la naturaleza, las costumbres y la tradición puedan suministrarnos para hacer una Universidad pujante y fuerte, que sea síntesis de todas las características de la región.

«Si la luz de cada región—decía hace años el ilustre Carracido en una conferencia (1)—matiza el paisaje según la latitud geográfica y las condiciones atmosféricas, los elementos intelectuales predominantes en los varios centros de cultura de un país, envuelven en una peculiar atmósfera toda la vida psíquica que bajo su influencia se desarrolla, tiñéndola con los matices propios del ambiente social en que se desarrolla, y por su acción modificadora se puede afirmar, que las condiciones geográficas étnicas e históricas se revelan en las obras de espíritu, ya artísticas, ya científicas, determinando un verdadero regionalismo intelectual».

Ancho campo se nos presenta a los Profesores de esta Universidad donde laborar, cada uno en su ramo, para la formación del centro educativo y social que reúna los elementos que integran la región

(1) Carracido. «El regionalismo en la Universidad». Trabajo leído en la Sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid.

granadina. La situación especialísima de Granada, su suelo maravilloso donde se encuentran los climas en toda su gradación, desde la zona de su costa, con cultivos tropicales, hasta la región de las nieves en su majestuosa Sierra Nevada, de la mayor altitud en España, permitirá la implantación de nuevos cultivos, base de industrias, que formen veneros de riqueza, y llenen necesidades nacionales, concediéndonos independencia económica e industrial tan necesarias para la vida de los pueblos como nos ha demostrado la espantosa tragedia iniciada en 1914. Y en toda esta empresa, la voz de la Universidad ha de guiar, ilustrando a cuantos deseen contribuir a la implantación y desarrollo de las nuevas manifestaciones de las energías de la región. Y los favorecidos con las enseñanzas de la Universidad ayudarán a ésta, en forma material, con los beneficios obtenidos en sus empresas y de este modo, por conjunción de ideales y de esfuerzos laboremus para la formación de una Universidad que honre a la región granadina y así contribuiremos como buenos patriotas al prestigio nacional.

\*  
\* \*

Antes de terminar y siguiendo la costumbre establecida, he de ocuparme, con verdadero sentimiento, de aquellos, que arrebatados por la muerte, nos abandonaron, enlutando a la familia universitaria.

El Dr. D. Eusebio Sánchez Reina, eminencia del Foro, hombre cultísimo; fué un maestro muy querido de sus discípulos y defensor de los prestigios universitarios, ostentó la honrosa representación de nuestra Universidad en el Senado.

D. Francisco de Paula Góngora y del Carpio, profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, simultaneó su labor docente, llevada a cabo con gran celo, con la dirección del Museo Arqueológico, continuando la tradición honrosa del apellido Góngora.

Este tributo necrológico debe a mi juicio hacerse extensivo a los escolares fallecidos durante el curso terminado; que a la tristeza de

una muerte en plena juventud lleva unida la de una esperanza frustrada. Mención especial merece el estudiante de Medicina D. Ramón Rufz de Peralta, muerto en circunstancias bien sensibles que están en la memoria de todos los presentes.

Cumplido este triste deber de homenaje a los fallecidos, entiendo no deban pasar inadvertidas en este acto otras pérdidas en las que si bien, por fortuna, no fué la muerte la causa de ellas, no es menos cierto su alejamiento de las cátedras de que fueron dignísimos titulares.

Una disposición soberana estableciendo la jubilación forzosa del profesorado, al cumplir sus miembros los 70 años de edad, nos ha privado en el pasado curso de la colaboración en la enseñanza de cuatro queridos compañeros, verdaderos prestigios de nuestra Universidad: los Sres. García Solá, Manjón, Hidalgo y Casares. De ellos no nos vemos separados por seguir perteneciendo a nuestro Claustro, pero se alejaron de las cátedras a las que tanto honraron, y justo es dedicarles unas líneas de recuerdo, de consideración y de afecto.

García Solá. Ejemplo de un espíritu completamente universitario, de toda una vida dedicada de modo exclusivo a labor de cultura y de investigación, histólogo eminente que supo brillantar el esplendor que a la Universidad de Granada, de la que fué muchos años Rector muy querido, hubieron de prestarle aquellos profesores que se llamaron Maestro de San Juan, Creus, Argüeta, Duarte, etc.

El P. Manjón, cuyo nombre es justamente venerado en Granada, amante de la enseñanza, funda escuelas, estableciendo todo un sistema pedagógico que es adoptado por muchos. Las Escuelas Manjonianas se han extendido por España, constituyendo instituciones que honran al sabio y santo fundador y con él a la Universidad de Granada.

Con tanta fe en su Apostolado, como constancia y suficiencia, los señores Hidalgo y Casares ilustraron generaciones de estudiantes que guardarán de sus maestros la más grata y distinguida memoria. Como yo, particularmente, la guardo del último, cuyas expli-

caciones en su cátedra de Materia Farmacéutica tuve la dicha de escuchar.

¡Que en el descanso que merecieron vivan ellos muchos años, en los que les ha de seguir el afecto de los profesores de esta Universidad, sus antiguos compañeros!

Frente a tan sensibles pérdidas un alentador refuerzo viene a engrosar las filas del profesorado de nuestra Universidad. Los Doctores Acosta Inglott, Fernández de Córdova y Bonilla Marín son hijos espirituales de esta casa, y a ella traen voluntariamente los laureles de su triunfo. Sean bienvenidos para dicha suya, honra de sus maestros y gloria de la Universidad granadina.

\*  
\* \*

Ahora, a vosotros, juventud de las aulas granadinas. Ya véis en qué transcendental momento de la vida de los pueblos habéis llegado. Tras de la gigantesca guerra todos los valores están agitados y confundidos. Con el transcurso del tiempo cada uno se ha de colocar en el lugar que le corresponda por densidad de recursos. Esta nueva guerra sin sangre ha de ser no menos violenta que la marcial y de tal universalidad que el permanecer neutral es imposible. Necesariamente hay que aprestarse a la lucha. Id con fe, pero sobre todo id con voluntad, pues yo os aseguro que la fe y la voluntad son invencibles. La suerte os colocó en condiciones favorables por haber nacido en una nación que pudo en la tragedia retener incólumes sus energías y su potencia. No perdáis, pues, un minuto en la conquista del porvenir que os auguro dichoso, porque la Humanidad siente ahora como nunca ansias de paz para gozar la vida.

Circunscribiéndome a nuestro medio, os diré, que acabamos de conseguir el triunfo de la concesión de la Autonomía universitaria, sueño realizado, a expensas del cual surgirá, a no dudarlo, la gloriosa Universidad que todos deseamos. Pero tal esfuerzo será vano si no contamos con vuestra ayuda, porque si el Profesorado es el

alma, vosotros sois verdaderamente el cuerpo universitario. No puede haber renovación colectiva si antes no la hay individual, y por eso todos, todos, hemos de ayudar con nuestra evolución al futuro esplendor de nuestra Universidad.

Engrandeced la Universidad—amados escolares—contribuyendo así al engrandecimiento de nuestra nación. Que vuestros hijos, mañana, se sientan felices de haber nacido en tal Patria y de tales padres.

HE DICHO

UNIVERSIDAD DE GRANADA



00244165

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA